

Otra instruccion nos da aquí la docilidad de María, y es que elevada al mas sublime grado de la gracia y unida á Dios con los mas excelentes dones del Espíritu Santo, no desprecia una ceremonia vulgar del divino culto, no afecta caminos mas sublimes, mas espirituales y mas perfectos, porque siempre es de temer para la piedad este escollo. Muchas veces creen algunos tener una devocion mas ilustrada y de mejor gusto, dejando al pueblo simple y rústico y á las almas menos instruidas todo aquello que parece estar solo establecido para el culto exterior y los ejercicios mas comunes de la religion que ha autorizado la piedad pública, y que por su sencillez parece que están destinados para la multitud ignorante; desprecian estos inocentes socorros, como si una fe mas ilustrada pudiera pasarse sin ellos. Creen que sin ocuparse tanto en los sentidos y en la carne, que de nada sirven, obran mas segun el espíritu que es útil para todo. Dejan muchas costumbres santas y sensibles que al principio de nuestra penitencia derramaban una suavidad secreta en nuestros corazones y mantenian la fidelidad de nuestra piedad en sus principios. Persuádense á que este es un camino mas excelente, y con todo eso, despues que abandonaron estas costumbres han caido en tibieza y sequedad; no sienten aquellos santos consuelos que eran la recompensa y el apoyo de la virtud. Despreciando estas obras, al parecer de tan poca utilidad, han despreciado poco á poco las mas esenciales, y han llegado á ser del todo carnales despues que solo quisieron gobernarse segun el espíritu.

Y así, católicos, todo ayuda á la verdadera piedad, todo despierta su fe, todo perfecciona su amor, todo consuela su esperanza; para ella no hay obra imperfecta sino la que está falta de fervor, y los mas simples ejercicios le parecen

tan elevados en la presencia de Dios, como las mas puras contemplaciones de los serafines cuando están animados del amor y el celo. La perfeccion de la virtud no consiste en el cumplimiento de las obligaciones sublimes, sino en la grandeza de la fe que puede acompañar aun á las obras mas vulgares. Muchas veces nos juzgamos mas adelantados solamente por habernos dedicado á ejercicios mas sublimes, á lecciones mas espirituales, á métodos mas perfectos; pero si entre estos sublimes métodos teneis los defectos de los imperfectos y flacos, habeis subido al Tabor como los apóstoles para contemplar allí la gloria del Señor, y allí conservais aún como ellos un gusto de carne y sangre, y pensais aún edificaros en la tierra un tabernáculo y una ciudad permanente.

En segundo lugar. *Es humilde María y no se ensalza.* Porque, católicos, ¿quién podrá dudar de que fué superiormente ilustrada acerca de todo el futuro ministerio de su Hijo, y mas habiendo manifestado sus maravillas de un modo tan sublime en su divino cántico, y que la elevacion de sus luces corresponderia á la de su gracia y dignidad? Con todo eso, recibe de buena gana los consejos del justo Simeon, no se desdefia de ser instruida por el santo viejo acerca de su futura suerte y de la de su Hijo, da muestras de aprender lo que una plenitud de gracia y de espíritu la habia ya enseñado; no manifiesta ansia de contar las grandes cosas que en ella habia obrado el Señor y cuanto le habia revelado el ángel en Nazareth; y como si el cántico del viejo Simeon le hubiera descubierto acerca de este Hijo unos misterios que ella hubiera ignorado hasta entonces, escuchaba sus palabras, dice el Evangelio, con una admiracion atenta y respetuosa: *Erat pater*

*ejus et mater mirantes super his, quæ dicebantur de illo.*¹

No hay cosa mas rara, aun en la piedad, que esta prudente modestia que oculta sus propios dones y manifiesta los ajenos. Muchas veces desvanecidos con algunas cortas luces que nos parece haber adquirido en la mas exquisita leccion, queremos gobernarlo todo sin conocimiento, reglarlo todo sin vocacion, emprenderlo todo sin talento y decidir de todo sin autoridad. Apenas hallamos un director bastante ilustrado que nos gobierne, todo nos parece menos de lo que juzgamos ser nosotros mismos; necesitamos de unos Pablos bajados del cielo, y aun éstos no hablarian con propiedad la ciencia de los perfectos; la sencillez, la devocion, la plenitud del espíritu de Dios solo nos parecen unos talentos destinados á salvar las almas vulgares; queremos para nosotros un cierto gusto, unas luces raras, unos dones sobresalientes y alguna cosa mas que la ciencia de los santos, y se manifiesta la vanidad hasta en la eleccion que se hace de aquel de quien queremos aprender la humildad cristiana.

Muchas veces tambien se conserva en un ministerio santo, como sucedia á aquellos fieles en Corinto, un espíritu de emulacion de los dones exteriores. Todo lo que resplandece mas que nosotros nos ofende. Quanto nos deslucce y oscurece, nos halla inexorables; aunque Jesucristo sea mas glorificado, si resulta contra nosotros menos gloria, censuramos la obra de Dios en los dones de nuestros prójimos; no tenemos celo sino para los ministerios grandes; dejamos á los demás los que son mas útiles para los pueblos; al mismo tiempo que trabajamos en el edificio del Señor, huimos de aquellos cuidados oscuros y penosos que solo pre-

¹ Luc. 2 v. 33.

paran los caminos en secreto, y dejan á otros la gloria pública del suceso y todo el honor de la obra. Hay muy pocos semejantes á David, que se contentó con haber juntado con increíbles cuidados todos los materiales del templo, y dejó á su hijo Salomon la gloria inmortal de haberle fabricado y toda la honra de aquel famoso edificio. No obstante, cuando la soberbia y vana complacencia se mezclan con los talentos y dones exteriores del Espíritu Santo, hay gran motivo para temer. Este es un gusano que los inficiona y aniquila el fruto y el uso de ellos; vosotros regais y el Señor no da el incremento; trabajais y sembrais vanidad; Dios no bendice un instrumento que no obra bajo su mano, y os haceis culpables de los dones que habeis recibido y de los frutos que el Señor habia unido al empleo santo que debíais hacer de ellos.

Finalmente, *es generosa y así no se desanima.* La anuncian que una espada de dolor ha de atravesar su alma; que este Niño que viene á ofrecer, será expuesto como un blanco á los tiros de la contradiccion y de la calumnia; no presentan á su espíritu sino imágenes tristes y espantosas; no la hacen ver de lejos mas que desgracias, cuyo solo pensamiento hace temblar su ternura: no obstante, ofrece una fe generosa y sumisa á unos pronósticos tan funestos; como verdadera hija de Abraham, imita su fidelidad y su valor; ve ya el santo monte, ve preparada la fatal hoguera y al verdadero Isaac dispuesto á ser sacrificado, sin que su amor detenga el brazo que va á herirle; confórmase con las divinas disposiciones de su Hijo, uniendo su sumision á la suya; saca de él toda su fuerza, y como ofrecen una misma hostia, no es mas, por decirlo así, que la misma obediencia la que consume y santifica la oblacion.

En esto sí que es poco imitado el ejemplo de María. La

piEDAD no arranca siempre del corazón de los padres, aun de los más cristianos, el amor carnal y desordenado á sus hijos, y así no ofrecen siempre al Señor como María, ni lo mejor ni aun acaso lo que él les pide. Si se descubren en un hijo las primeras esperanzas de aquellos talentos con que se adelanta en el mundo, si parece más proporcionado que los otros para mantener la gloria de su nombre y la estimación pública, se le separa para la tierra, se le mira como consagrado y destinado al mundo por su nacimiento: el Señor no tiene ya derecho sobre él; en vano se manifiestan en su persona mil señales de una santa vocación; en vano se dejan conocer los fines de Dios para con él, por medio de mil deseos de separación y de retiro, que produce ya la gracia en su alma; en vano como Moisés, prefiriendo el oprobio de Jesucristo á las riquezas de Egipto, se esconde acaso para huir al desierto; resisten al orden de Dios, se tienen los más santos movimientos de la gracia por ligerezas de la niñez, aun no se le juzga capaz de elegir camino, y le presentan el del siglo; no quieren distraerle abiertamente de un fin tan laudable, pero con pretexto de probarle la vocación le hacen que la pierda; pretenden que antes conozca al mundo y esperan á que le haya amado; quieren dejar madurar la razón y se deja marchitar la inocencia y fortificar las pasiones; persuádense á que es necesario exponerle á las diversiones que corrompen su alma. Y como Noé, aunque con muy diferentes intenciones, envían muchas veces esta casta paloma á una tierra inundada de iniquidades, para probar si podrá fijarse en ella; halla por último donde fijarse, y no vuelve más al santo refugio á donde la había llamado el Señor.

No intento reprobear con esto las precauciones de una cristiana prudencia; pero repruebo los vanos pretextos de

la carne y de la sangre. Y á la verdad que cuando hallais los mismos deseos de retiro en aquellos hijos que ó por el orden de su nacimiento ó por lo mediano de sus talentos no son tan á propósito para el mundo ni para seguir la vanidad de vuestros proyectos, no sois tan circunspectos ni mirados. No tomáis tantas medidas para averiguar si es el buen espíritu el que los impele, no exponéis su vocación á unas pruebas tan peligrosas. ¡Ah! que entonces en vez de desconfiar de su edad y de su niñez, abusáis de ella; en vez de representarles los inconvenientes de una elección temeraria, procuráis inspirársela, en vez de darles á conocer los placeres del mundo para probar su vocación, vuestro mayor cuidado es el apartarlos de él y representársele bajo un terrible aspecto; en vez de proponerles con indiferencia el siglo y el retiro, los colocáis en unas circunstancias en que todo les da á entender lo que vosotros no os atreveis á decirles. Formáis de su educación un camino que los conduce á vuestros fines; con pretexto de apartarlos de los peligros, ocultáis en tiempo el mundo á su vista, porque teméis que les parezca demasiado amable; no los lleváis atados al altar como desgraciadas víctimas, pero acaso con la severidad é injustos tratamientos que experimentan en vosotros, haceis que miren el retiro como un asilo amable. Después de esto nos decís que habeis sido felices en colocar vuestra familia. Felices habeis sido; ¿pero son igualmente dichosos vuestros hijos? Teneis por felicidad su desgracia y la inhumanidad con que los habeis sacrificado al ídolo de vuestra ambición.

Además. La vergüenza de vuestra familia viene á ser la herencia del Señor. De este modo escogéis los vasos despreciables, á quienes no habeis juzgado dignos de colocar en vuestra casa, para que sean vasos de honor en el

templo del Dios vivo. De este modo escogéis para servir de piedras angulares y columnas de la casa del Señor, aquellas inútiles piedras, que arrojais como incapaces de entrar en el profano edificio de vuestra fortuna. ¡Y qué, católicos! ¿pide menos talentos el arte de las artes, el gobierno de las almas, que las inútiles y frívolas ocupaciones de la tierra? ¿por ventura la interpretación de los misterios de la fe, la defensa de la verdad y de la doctrina, la instrucción de los pueblos, la distribución de las gracias de la Iglesia, unas obligaciones tan sublimes deben abandonarse solamente á talentos inútiles y á espíritus vulgares y medianos? ¿por ventura son ministerios vulgares y bajos la fuerza para resistir al error, la luz y la elevación para descubrirle y confundirle, el celo para combatir al mundo con sus abusos y máximas, la santidad para corregirlos, la plenitud del Espíritu de Dios para mover, la elocuencia santa para convencer, la intrepidez para resistir y la grandeza de alma para no dejarse llevar de sus amenazas y promesas? ¿es preciso haber nacido para unas funciones tan sublimes con menos talentos que para las diversiones del mundo, y para unos pueriles inquietudes en que consisten sus mas serios cuidados?

Pero vosotros mismos queréis que tengamos unas cualidades raras y excelentes; queréis que nuestras costumbres sean irreprochables, y que con la santidad de nuestra vida resplandezcamos como astros en medio de las tinieblas y de la general corrupción del mundo; queréis que os aclaremos vuestras dudas, que corriamos vuestros desórdenes, que alentemos vuestra flaqueza, que os consolemos en vuestras aflicciones; queréis que seamos los depositarios de la doctrina y de la verdad, los oráculos de la tierra, pronto siempre á dar razón de nuestra fe y á humillar toda

altivez que se levanta contra la ciencia de Dios. Pero vosotros mismos, católicos, sois los que nos habeis entregado á la Iglesia; de vuestras manos nos ha recibido el Señor. Pues si presentais en el templo lo peor y mas defectuoso que teneis, ¿cómo quereis hallar en él lo mas raro y excelente que hay en la tierra?

Además de esto, católicos, vosotros mismos haceis el objeto mas comun de vuestras burlas y de vuestras censuras, los desórdenes ó la ignorancia de las personas consagradas á Dios. Pero esto que teneis por tan digno de risa es la obra de vuestra soberbia y de vuestros intereses. ¿No fueron las manos de vuestra codicia las que pusieron en el altar estos ídolos despreciables á quienes insultais? Si no hubiera en la Iglesia padres avaros, ambiciosos, injustos, no se vieran en ella muchos ministros mundanos, escandalosos é ignorantes. Si el Señor se escogiera él mismo sus víctimas, no serian éstas tan indignas de su Majestad, y los santos retiros no ocultaran dentro de sí tantos disgustos, tantas flaquezas y tantas murmuraciones. Llorad, pues, los desórdenes de los cuales sois vosotros los únicos autores, y de los que os pedirá cuenta algun dia la divina justicia. Cubrid con el velo del silencio las heridas que vosotros mismos habeis hecho á la Iglesia, volved vuestras censuras contra vosotros mismos. Los escándalos del santuario sirvan solo de acordaros la injusticia del destino que disteis á vuestros hijos; nuestros desórdenes siempre son ó castigo ó efecto de los vuestros.

Por otra parte. ¿Qué cosa mas feliz pudiera sucederos que el consagrar al Señor el hijo que nació con mejores prendas en vuestra familia? En este caso daríais á la Iglesia unos ministros ilustrados, unos hombres poderosos en obras y palabras, que atraerian á los pecadores, que con-